

Glorificad a Dios en todas las cosas

Un joven padre me dijo una vez: «Si tan sólo pudiera obtener una perspectiva de la vida». Este hombre estaba preocupado. Jamás parecía tener tiempo para pasar con su esposa y sus hijos. Aun cuando el negocio no lo estuviera presionando, se sentía obligado a mantenerse ocupado. La vida giraba cada vez más y más en torno a su trabajo y cada vez menos y menos en torno a su familia. Tenía la sensación de que estaba renunciando a las cosas más importantes de la vida, a cambio de las menos importantes. El problema era que él no sabía cómo cambiar. Parecía hacer lo que hacía, por compulsión más que por un propósito. Había que reconocerle que había hecho un correcto diagnóstico de sí mismo. Tenía necesidad de una mejor perspectiva de la vida.

No habrá posibilidad de que alguien cambie su vida, sino hasta que reconozca que algo anda mal. Sea que nos encontremos atrapados en el pecado, o que sencillamente nos hallamos apartado de los asuntos más importantes de la vida, necesitamos recursos para romper malos hábitos. En el pasaje bajo estudio hallamos la manera como Pedro les ayudó a sus lectores a romper las ligaduras del pecado y el desenfreno que alguna vez caracterizó sus vidas. Les recordó: «... el fin de todas las cosas se acerca» (4.7). Esto le da una nueva perspectiva a la vida. La iglesia neotestamentaria anticipaba activamente la segunda venida del Señor, creía que Él vendría pronto.

ARMAOS DEL PENSAMIENTO DE CRISTO (4.1–3)

Nadie que haya sido testigo de la muerte y el padecimiento del combate armado, toma a la ligera tal prueba. Pedro sacó a la luz la seriedad de la lucha cristiana cuando eligió una palabra propia del campo de batalla para instar a sus lectores a ser modelos de bondad moral e integridad personal.

Ellos debían armarse del pensamiento de Cristo (4.1). Es una idea parecida a la que se encuentra en Filipenses 2.5: «Haya en vosotros este mismo sentir que hubo en Cristo Jesús».

La progresión de la idea de Pedro en 4.1, comienza con 1) el sufrimiento de Cristo, pasa por 2) la solicitud que les hace a los cristianos en el sentido de que se armen de Su pensamiento, y llega hasta 3) el padecimiento y el dejar de pecar. El discernir la relación que guardan estas ideas, equivale a entender el versículo uno, pero ello no es tarea pequeña. Las dos primeras ideas se pueden relacionar así: La manera como Cristo batalló con los padecimientos se ha convertido en la norma para Su pueblo cuando éste debe padecer. Cuando los cristianos padecen, ellos necesitan armarse del pensamiento de Cristo, no sólo para resistir, sino también para obtener una perspectiva del padecimiento. Al igual que lo hubo hecho en otra parte de la epístola, Pedro les señaló a Cristo como el ejemplo que Su pueblo debía imitar.

La última parte del versículo uno, es más difícil: «... quien ha padecido en la carne terminó con el pecado». Esta parte del versículo está sujeta, por lo menos, a dos interpretaciones. 1) Tal vez el significado sea que el padecimiento tiene un efecto positivo en el cristiano. El que ha padecido por Cristo tiene la suficiente fortaleza y determinación para resistir el pecado, que de otro modo no tendría. Ha terminado con el pecado en el sentido de que el mundo y la carne ya dejaron de atarlo del modo que lo ataban antes.

2) Otra posibilidad es que la frase «padecido en la carne», sea una metáfora que representa a la muerte, es decir, la muerte espiritual al antiguo hombre de pecado. En tal caso, Pedro estaba contrastando la muerte al pecado del cristiano con la vida que él gana por estar en el Señor. En el siguiente versículo (4.2), él describe la vida

cristiana. Más adelante, en el contexto inmediato (3.21) Pedro menciona el bautismo. En Romanos 6, Pablo describió el bautismo como una muerte al antiguo hombre de pecado y una resurrección a nueva vida. Romanos 6.7, suena muy parecido al pasaje bajo estudio: «Porque el que ha muerto, ha sido justificado del pecado». Los términos en los cuales se expresa este versículo, y 1^{era} de Pedro 4.1, se parecen en varios puntos. Pablo les había escrito su carta a los cristianos de Roma varios años antes. Es muy posible que Pedro la hubiera leído. Por estas razones, la segunda interpretación es la que más posibilidades tiene de ser la correcta.

No hay duda de que, una vida antigua de pecado puede darle a un cristiano la oportunidad de apreciar la vida en Cristo, pero los antiguos hábitos son difíciles de romper. Pedro les recordó a sus lectores que ya era bastante lo que ellos le habían dado de sus vidas a la práctica de la lascivia, la concupiscencia y la disipación (4.3). El atractivo de sus antiguas vidas continuaba obsesionándolos y era una carga para ellos. La vida en Cristo exigía morir a lo antiguo. Ellos tenían que resistir la tentación de regresar a ese antiguo estilo de vida —e incluso, de ceder a éste.

DESECHAD EL DESENFRENO DE DISIPACIÓN (4.4–6)

En las ciudades griegas de Asia Menor, la vida social y en comunidad, estaba directamente ligada con la adoración de ídolos y la embriaguez y la sensualidad que a menudo caracterizaban al culto. A los paganos les parecía que el hecho de abstenerse los cristianos, de participar en las ceremonias y juegos públicos, era la manifestación de un sentimiento de superioridad y de ausencia de espíritu comunitario.

El retórico de mediados del segundo siglo, Aelius Aristides, criticó a los cínicos filósofos de su mundo, así como a los nuevos cristianos. Esto fue lo que dijo:

Su comportamiento es como el de los blasfemos de Palestina. Ellos también [es decir, los cristianos] muestran su impiedad a través de manifestaciones señales en el sentido de que no reconocen a los que tienen autoridad sobre ellos, y se separan de los griegos y de todo lo bueno.¹

Con estas palabras, Aristides, un contemporáneo cercano a Pedro, llenó de injurias a los cristianos por la misma razón que el apóstol apuntó: «A éstos les parece cosa extraña que vosotros no corráis con ellos en el mismo desenfreno de disolución» (4.4).

¹ Aelius Aristides *Orations* 46.

La injuria verbal, como aquella que profirió Aristides, era una cosa; el problema es que la injuria verbal a menudo venía acompañada de maltrato corporal. La mayoría de los cristianos provenían de las clases pobres y desposeídas de las ciudades griegas. Las clases altas tenían la tendencia a despreciar a los que carecían de riquezas y poder. Alguien había escrito en una pared de Pompeya, la ciudad que fue sepultada por el Vesubio menos de quince años después de que Pedro escribiera su carta, lo siguiente: «Odio a los pobres. El que desea algo a cambio de nada es un tonto. Que pague por ello y lo obtendrá». Los cristianos tenían el estigma adicional de ser pobres. Pedro les brindó a estos cristianos este consuelo, diciéndoles que aquellos que profirieran injurias contra los cristianos, «[darían] cuenta al que está preparado para juzgar a los vivos y a los muertos» (4.5).

¿Qué le dice todo esto a cristianos que a principios del siglo veintiuno? Dudo que los cristianos modernos se encuentren menos presionados que los cristianos del primer siglo, a participar en la disolución y disipación del mundo. Los cristianos que se rehúsan a ingerir bebidas alcohólicas, que seleccionan el entretenimiento, que se rehúsan a darle entrada a sus hogares a la violencia y al sexo fácil que llegan por medio de la televisión nocturna, que levantan su voz de protesta contra los juegos de apuestas, o contra el aborto procurado, aquellos cuyos principios determinan a qué es lo que le van a dar apoyo, y qué es a lo que se va a oponer, van a ser vistos como extraños. Serán presionados a conformarse al mundo. Igual que los de cualquier otra era, los cristianos del siglo veintiuno, necesitan las recomendaciones que Pedro da en 4.1–6.

En 4.6, leemos: «Porque por esto también ha sido predicado el evangelio a los muertos, para que sean juzgados en carne según los hombres, pero vivan en espíritu según Dios». La manera como entendamos este versículo será necesariamente influenciada por nuestra interpretación de 3.19–20. Si estos versículos significan que Cristo descendió a un submundo a proclamar Su victoria, entonces 4.6, diría que Su visita a tal lugar dio como resultado que los muertos «vivan en espíritu según Dios». ¿Será una conclusión válida que podemos morir sin Cristo, perdidos en pecados, y después de la muerte recibir otra oportunidad de arrepentirnos y ser salvos? ¡Difícilmente! Una mirada más cercana al versículo, nos revela que los tiempos gramaticales varían. El evangelio «ha sido predicado» a los que están «muertos». Ellos estaban muertos cuando Pedro escribió esta carta. No hay nada en el versículo que insinúe que ellos

estuvieran muertos cuando el evangelio se les predicó.

Si 4.6, enseña que los hombres pueden arrepentirse y ser salvos después de que han muerto, ello contradice la enseñanza de otras partes del Nuevo Testamento. En Hebreos 9.27–28, dice: «Y de la manera que está establecido para los hombres que mueran una sola vez, y después de esto el juicio, así también Cristo fue ofrecido una sola vez para llevar los pecados de muchos; y aparecerá por segunda vez, sin relación con el pecado, para salvar a los que le esperan». En Juan 5.28–29, Jesús habló del tiempo, cuando los que están en los sepulcros oirán su voz, cuando algunos saldrán a resurrección de vida y otros a resurrección de condenación. Sus palabras no contemplan conversiones posteriores a la muerte. Otros versículos (1^{era} de Tesalonicenses 4.13–18; Romanos 2.3; 14.10; 1^{era} de Corintios 4.5; 2^a de Corintios 5.10; 2^a de Pedro 3.7) enseñan lo mismo. La conclusión a la cual debemos llegar, acerca de lo que Pedro estaba diciendo, es que el evangelio había sido predicado a los hombres que desde entonces habían muerto. Estos hombres se perderían en sus pecados si se les juzgara estrictamente según sus obras en carne, pero como ellos habían creído el evangelio y lo habían obedecido, ellos serían salvos. Pedro decía que ellos vivirían «en espíritu según Dios».

ENTENDEDO QUE EL FIN DE TODAS LAS COSAS SE ACERCA (4.7–11)

Los cristianos están pendientes, no sólo de la segunda venida del Señor, sino también de la inminencia de ella. Así ha sido siempre. Cuando Pablo terminó de escribir 1^{era} de Corintios, él incluyó dos palabras en arameo, *maran-ata*, cuyo significado es sencillamente: «Ven Señor». Entre las últimas palabras del último libro de la Biblia, se encuentran las siguientes: «Amén; sí, ven, Señor Jesús» (Apocalipsis 22.20). Pablo expresó: «Pero esto digo, hermanos: que el tiempo es corto;...» (1^{era} de Corintios 7.29). Santiago añadió: «Afirmad vuestros corazones; porque la venida del Señor se acerca» (Santiago 5.8). Cuando la iglesia primitiva esperaba la inminente segunda venida del Señor, ella estaba haciendo exactamente lo que Jesús le había dicho que hiciera. «Velad, pues, porque no sabéis a qué hora ha de venir vuestro Señor» (Mateo 24.42).

Han pasado cerca de dos mil años, y Su iglesia continúa cantando: «Jesús viene pronto». La iglesia es una «comunidad escatológica», lo cual significa que ella siempre vive en el final de los tiempos. No es la abstracta idea de que el Señor vendrá algún día, lo que le da perspectiva e impulso a la vida

cristiana. Es más bien, el contenido de la siguiente expresión: «El fin de todas las cosas se acerca» (4.7). Es esta certeza lo que determina la fuerza con que se apremia a atender los siguientes imperativos.

Sed sobrios

Después de que Jesús hubo sanado a un endemoniado, Marcos relató que el pueblo de la ciudad salió a ver qué era aquello que había sucedido. Cuando llegaron, hallaron al hombre que había tenido la legión de demonios, «sentado, vestido y en su juicio cabal» (Marcos 5.15). La palabra que se traduce por la frase «en su juicio cabal», es la misma que se traduce por «sed sobrios» o «tengan la mente despejada» (4.7; NVI). Pedro estaba apremiando a sus lectores a ser sensibles, constantes, de confiar, de juicio cabal.

Es más probable que seamos sobrios y de juicio cabal, cuando estamos conscientes de que el fin de todas las cosas se acerca. Las palabras sugieren un acercamiento serio y razonado a la vida de cristiano. En su gran obra *Varieties of Religious Experience* (*Variedades de la experiencia religiosa*), William James exploró lo que significa el ser religioso. Después de aislar y estudiar varios elementos, él añadió que una cualidad esencial de la religión es que a ella se le toma en serio. El cristianismo no es una religión sombría, pero sí toma en serio su mensaje, sus expectativas, sus esperanzas, y sus temores. Tal disposición conduce naturalmente a la oración, pues la oración es la quintaesencia de la religión.

Tened entre vosotros ferviente amor

El amor se resiste a ser definido. Él incluye el vínculo emocional que compromete a una persona a buscar el mejoramiento de otro, e incluye la generosidad de un espíritu de sacrificio de sí mismo. Es difícil añadirle a lo anterior. Durante los tiempos de crisis y de persecución, tal como los que las iglesias de Asia Menor estaban experimentando, era más urgente que nunca, que el amor vinculara a los cristianos unos a otros, y al Señor. Cuando las pequeñas molestias y debilidades humanas ponían a prueba la unidad del cuerpo, Pedro les decía: «El amor cubrirá multitud de pecados» (4.8).

Hospedaos los unos a los otros

El brindar la plena hospitalidad del hogar y las posesiones a los extraños y a los huéspedes, ha sido una práctica casi sagrada en el cercano oriente desde tiempos inmemoriales. La aparición de dos extraños a la puerta de la tienda de Abraham en Génesis 18.1–8, ilustra bien la costumbre. El escritor de Hebreos parece haberse referido a este evento

cuando escribió: «No os olvidéis de la hospitalidad, porque por ella algunos, sin saberlo, hospedaron ángeles» (Hebreos 13.2).

La presencia de maestros y profetas ambulantes en la iglesia primitiva puede ser el motivo de esta recomendación de Pedro en 4.9. La responsabilidad cristiana de ser hospedador de los maestros errantes había llegado a ser un tema importante de la iglesia para el tiempo en que se escribieron las cartas de Juan. Juan advirtió que muchos falsos profetas habían salido por el mundo (1^{era} Juan 4.1). La segunda y tercera epístolas de Juan reflejan algo de confusión de parte de los cristianos, acerca de cuándo debían y cuándo no debían brindarles hospitalidad a estos profetas errantes.

Cada uno use el don que Dios le ha dado

Aunque Pedro se extendió en la explicación de solamente dos de los dones que los cristianos pueden haber recibido (esto es, el hablar y el ministrar), él sin duda reconoció que había muchos otros más. Una de las más persistentes enseñanzas neotestamentarias, es que los talentos de los cristianos difieren, y que cualquiera que sea el talento que tengamos, es responsabilidad nuestra entregárselo sin reservas al Señor. Sería de provecho que reseñáramos brevemente algunos de los más notables de estos pasajes.

Las advertencias que Jesús hace en Lucas 12.48, acaparan nuestra atención: «Porque a todo aquel a quien se haya dado mucho, mucho se le demandará». En el evangelio de Lucas, la parábola de las minas viene después de la anterior advertencia (Lucas 19.11–27); en Mateo observamos la parábola de los talentos (Mateo 25.14–30). Aunque los detalles de estas parábolas difieren, el mensaje es el mismo: Cuando no se usan los talentos que Dios nos ha dado, en el servicio para el Maestro, ello pone en peligro nuestra relación con Dios.

En Romanos 12.6, Pablo escribió: «[tenemos] diferentes dones, según la gracia que nos es dada». Luego pasó a dar una lista de algunas de las clases de dones que sus lectores pudieron haber tenido, junto con una descripción de sus responsabilidades al usarlos. En 1^{era} de Corintios 12.4, él dijo: «Ahora bien, hay diversidad de dones, pero el Espíritu es el mismo». En 12.7, añadió: «Pero a cada uno le es dada la manifestación del Espíritu para provecho».

La instrucción de Pedro para sus lectores en 4.10–11, les enseñó las mismas lecciones de responsabilidad cristiana en el uso de los talentos que Dios les había dado. La diferencia con la instrucción de Pedro estaba en que éste centró su atención en dos dones que podrían considerarse

un resumen de todos ellos: hablar y ministrar. Al cristiano que tenía el don de hablar, Pedro le imprimió la seriedad de su responsabilidad: «Si alguno habla, hable conforme a las palabras de Dios» (4.11). En la KJV se lee: «Que hable como los oráculos de Dios», y en la NVI se lee: «que hable como quien dice las palabras mismas de Dios». El predicador o maestro que depende de otro mensaje que no sea el revelado por Dios, estará traicionando la instrucción del apóstol.

No todos los cristianos tienen la habilidad de hablar o de enseñar en público, pero todos tienen algún talento que pueden emplear en el servicio de Dios y de Su pueblo. Pedro decía: «Si alguno ministra, ministre conforme al poder que Dios da» (4.11). La palabra que se traduce por «ministrar» es la forma verbal de la palabra griega que se traduce por «diácono», sin embargo, Pedro no limitó estas observaciones a las responsabilidades de los diáconos. Servir es alcanzar la grandeza en el reino de Dios (Mateo 20.25–26). Si vamos a agradar a Dios, debemos usar los talentos que tengamos para presentar defensa ante los demás de la esperanza que tenemos.

CONCLUSIÓN

Los dos temas que predominan en 1^{era} Pedro —el padecimiento de los cristianos y la segunda venida del Señor— son fundamentales para el mensaje de 4.1–11. Después de haber aludido al padecimiento de Cristo, Pedro apremió a los cristianos a morir a los antiguos pecados que habían dominado sus vidas. Si el pueblo de Dios escuchara a Pedro, ellos responderían a la oposición y a la persecución con renovada determinación a llevar vidas de santidad.

Como Pedro y aquellos cristianos del primer siglo creían que la segunda venida del Señor estaba cerca, había un sentimiento de urgencia en las exhortaciones de los apóstoles. Era poco el tiempo que les quedaba. Lo que había que hacer debía hacerse rápidamente. Los que habían de ser salvos debían ser enseñados. Debían prepararse para encontrarse con el Señor. En 1.6, Pedro les recordó del gran gozo que Cristo les había traído a sus vidas, pero luego añadió: «Aunque ahora por un poco de tiempo,... tengáis que ser afligidos en diversas pruebas». El padecimiento se daría sólo por un poco de tiempo. El fin de todas las cosas se acercaba. La respuesta de la iglesia de entonces y de hoy día, es que el Señor vendrá por segunda vez pronto. Vivimos en el tiempo postrero. Esta certeza le da al cristiano una perspectiva correcta de lo que posee, de lo que ha aprendido, y de lo que hace con su vida. «Amén; sí, ven, Señor Jesús». ■